

## CARTA DE M. LAVAL,

*Ex-ministro protestante en Condé-sur-Noireau, á sus antiguos coreligionarios.*

Hermanos míos: criado como vosotros en el seno del Protestantismo, y encargado durante muchos años de enseñaroslo, en vano he buscado en él aquella paz y tranquilidad de conciencia, que no se puede hallar fuera del camino de la salud. Convencido de que la indiferencia sobre la verdadera fe no es en la realidad otra cosa que el desprecio del mismo Dios, no podía gozar de paz, interin no estaba cierto de poseerla; pero cuanto mas vivamente veia la necesidad de este conocimiento, tanto mas desolado me hallaba al no encontrar en el Protestantismo sino incertidumbres interminables. Preguntaba á mi razon, y mi razon, abandonada á sí misma, vagaba errante de unas dudas en otras: preguntaba á la Biblia, y este Libro divino no podía fijar mi fe; porque la razon débil é incierta era el único intérprete de ella. Si gimiendo de no hallar en mi propio juicio una regla cierta de fe, la buscaba fuera de mí en los demás, el Protestantismo no me ofrecia por todas partes ni respondia sino por una espantosa confusion de opiniones contradictorias, que nuevamente me sepultaban en mayores incertidumbres. Lo habia observado en Francia, en Suiza, en Alemania, en Inglaterra, y en todas partes habia visto á los Protestantes, sobre todo á sus ministros, *fluctuando á todo viento de doctrina*, sin poderse fijar en cosa alguna, sin concordarse en nada sino en dudar. Tal era la situacion cruel á que me condenaba el Protestantismo: en mí no hallaba mas que incertidumbres; fuera de mí, incertidumbres mayores.

Es fácil de concebir cuanto debe padecer un corazon cristiano, que aspirando al conocimiento de la verdad,

con todo el ardor que debe inspirarle un punto de tanto interés, á pesar de todos sus esfuerzos, se siente detenido en tinieblas interminables. ¡Cuántas veces me sentia movido á pedir á Dios que ó me hiciese conocer la verdad, ó me quitase el deseo de conocerla! Este deseo que habia puesto en mi corazon, ¿no se dejaba oír en él, sino para mi tormento? ¿Debia yo sofocarle, arrancarle de mi alma? Renunciando á la verdad, ¿debía huir de ella, huir de Dios y acogerme á una indiferencia apática, á una estúpida negligencia de mi salvacion? Tal era el término fatal adonde me arrastraban mis incertidumbres; y sin la gracia de Dios, no me habria librado, como tantos otros, del tormento de la duda, sino buscando en la indiferencia una espantosa paz. Gracias sin fin sean dadas á aquel, que fiel á los que le buscan, no me ha permitido caer en este abismo. Siempre habia mirado con horror esa indiferencia tan insensata como culpable. No faltan, ¡ay! lo sé, quienes consienten en adormecerse en ella durante el curso de esta brevè vida; pero yo no pude jamás olvidar habia de llegar el dia de despertar.

En este estado, igualmente incapaz de renunciar á la verdad, y de hallarla fuera de la Iglesia, me sentia arrastrado por el peso de mis ansiedades al seno de aquella madre comun de todos los Cristianos, que recibió de la boca del mismo Salvador las palabras de vida eterna, que habia sido encargada por él de enseñar á todas las naciones, hasta la consumacion de los siglos (*Matth.*, 28, v. 19 y 20). ¿Cuál era el objeto de mis deseos? ¿qué buscaba? Condenado á dudas interminables por haber querido, segun el principio del Protestantismo, ser yo mismo el autor y árbitro de mi fe, sentia la necesidad absoluta de una autoridad decente para determinar cuál era la verdadera fe. Esta autoridad debia existir, pues que es necesaria: ¡ah! existia: no tenia mas que abrir los ojos, y ella se me dejaba ver en medio del mundo. Sola la Iglesia Católica en el universo reclama esta autoridad; sola ella la ha ejercido constantemente. Pues solamente allí, me decia á mí mismo, encontraré la fe, la paz, y la vida. Privado de todos estos bienes por haber buscado la verdad por el orgullo de mi razon, ¿cómo

dudaria en volver á entrar por la humildad en la posesion de todos ellos, sometiendo mis vanas opiniones á la autoridad de la Iglesia eterna? Al principio de mis errores, lo conozco, esta sumision habria costado mucho á mi amor propio, á mi vanidad, á mi confianza ilimitada en mi propia razon; pero desengañado por una experiencia dolorosa, esta misma razon avergonzada de sí misma, no ha tenido valor para levantar la cabeza, ni ensoberbecerse despues de tantas pruebas de su ineptitud é impotencia. Semejante al Hijo pródigo, el exceso de mis males es el que, humillando mi presuncion, me volvía sumiso á la casa paterna.

Mas ¡oh miseria del corazon humano! tan pobre es su voluntad en buenos deseos, como su razon escasa de luces. La verdad se presentaba á mi entendimiento; no podia desconocerla, pero no habia subyugado aun mi voluntad. Interiormente experimentaba una lucha terrible: de una parte la conciencia mandaba: los intereses humanos me retenian por otra. Los amigos con quienes mi conversion me iba á indisponer; mi familia, á quien iba á privar con ella de los medios de subsistir, y, lo diré tambien, sí; ¿porqué no lo he de decir? la miserable vergüenza de retractar mis errores, de abandonar una secta, cuyo ministro y sosten habia sido, balanceaban en mi alma el imperio de la verdad: Dios lo permitia así para curarme enteramente de todo orgullo, descubriéndome toda mi debilidad; porque esta lucha contra la verdad conocida, me humillaba aun mas que lo habian hecho mis dudas y mis tinieblas, y nada me hizo comprender tan bien cuán fácil es engañarse á sí mismo sobre los motivos secretos que detienen á tantos en estas sectas desgraciadas, en las cuales nada satisface la conciencia. Pedí humildemente á Dios que fortaleciese mi voluntad, como habia ilustrado mi entendimiento, y tuvo piedad de mí. Tocado de su gracia, al fin, dije: *quiero, Señor*, y el sacrificio quedó consumado.

¡Oh hermanos míos! desde el mismo momento recobré el único bien que el cristiano estima en la tierra, la paz de mi conciencia. Si alguna cosa puede turbarla aun, es ¡ay! el pesar de haber sido tantos años órgano del error entre vosotros. Por lo tanto, para reparar en el modo

posible las consecuencias de este deplorable ministerio, me he determinado á exponeros en esta *carta* los motivos de mi conversion y reconciliacion con la Iglesia. Os la dirijo con un sentimiento mezclado de dolor y de esperanza, porque al representármese en la amargura de mi corazon tantas almas como he mantenido en el error, me alienta la confianza de que este pequeño escrito podrá no ser inútil á muchos, si lo leen con deseo sincero de conocer la verdad. ¿Y porqué se negarán á oirme? La voz del viajero desengañado que señala á sus amigos el camino de la muerte y de la vida, ¿no les seria importuna sino cuando se trata de la suerte eterna?

Sí, hermanos míos, sí: el Protestantismo sustancialmente en su fondo, no es otra cosa que un verdadero sistema de incredulidad, apoyado en las mismas bases que todos los otros sistemas del error, y cuyo desarrollo perfecto seria la destruccion del Cristianismo. Bajo cualquiera aspecto que se mire, siempre se viene á parar en esta verdad terrible: ella sale, digámoslo así, de su mismo ser, de su esencia misma, y está escrita en toda su historia.

En efecto, el principio fundamental del protestantismo es que la razon de cada hombre particular, interpretando la santa Escritura, es su única regla de fe. El protestante no podria tener otra, pues que es sola su razon la que determina para él el sentido de la Biblia. Mas no pudiendo ninguno creerse infalible, ni por consiguiente estar seguro de que la fe que se ha formado no contiene error, ninguno puede tener una fe cierta.

Para que lo fuese, seria necesario que su razon fallible tuviese una regla cierta para determinar el sentido de la Escritura. Mas ¿dónde está esta? Desde el punto que se establece á la razon de cada uno por juez de la verdad, todas las reglas que se le pueden dar se reducen á esta: *Todo lo que parece claro á vuestra razon es verdadero*; mas ¿quién no vé que esto es precisamente lo que hay que decidir; que puntualmente lo que se trata saber es cómo el protestante se asegurará de que no se engaña pronunciando por sola su razon que tal dogma está contenido en la santa Escritura, y que tal otro no lo está? ¿Dirá que en esta parte es imposible engañarse,

y que aquí no cabe ilusión alguna? Entonces que se declare de una vez infalible; mas en tanto que no llegue hasta este extremo de locura, estará obligado á confesar que no tiene certeza de su fe, pues que ella no reposa sino sobre sola su razón, la cual necesita de una regla, y la regla que se le da, es su razón misma sujeta al error.

Además, siendo las interpretaciones particulares de la Escritura, y debiendo necesariamente ser tan diversas como los juicios de los hombres, cada protestante tiene contra su interpretación particular la de todos los otros que la entienden de distinto modo que él. Sin embargo, de tantas interpretaciones diversas, una sola es la genuina, si es que alguna de ellas lo es. ¿Sobre qué fundamento podrá asegurar que lo es la suya, que él ha tenido el privilegio de encontrarla? Teniendo la explicación de la Biblia, que su razón cree ser la verdadera, tantas probabilidades contra sí, como son las explicaciones contrarias admitidas por otros particulares, ó por otras razones individuales; ¿por dónde, en qué carácter incontestable reconoce él la verdad de la suya? — Ha examinado, dice, los pasajes de la Biblia, los ha comparado, cotejado é ilustrado unos por otros. Enhorabuena sea así como dice; pero cada uno dice otro tanto, y tiene las mismas razones de creer á su juicio. Cuanta mas confianza tenga en el exámen particular, como en el único medio establecido por Dios para conocer la verdadera Religión, tanto mas vacilante debe ser su convicción particular al verse contradicha por tantas convicciones diferentes, igualmente fundadas en el único medio establecido, según él, por Dios para discernir la Religión verdadera. Así que, desechando la interpretación de los otros, porque es opuesta á la suya, y precisado á dudar de la suya contradecida por todas las otras, se verá reducido á no saber lo que debe creer ni lo que cree.

En fin, si cada Protestante no tiene contra su propia explicación de la Biblia mas que las otras explicaciones de cada Protestante, á la verdad debería permanecer en la duda; mas como las interpretaciones de los otros, apoyadas tambien igualmente que la suya sobre su razón particular, son igualmente inciertas, variables y opuestas á otras, ellas no le presentan ninguna autoridad á la

que sea razonable ceder. Mas el Protestante, estableciendo su razón individual como juez supremo de la fe, declara por esto solo que él se cree mas apto y capaz de entender el verdadero sentido de la Escritura, que toda la Iglesia entera, y que su explicación particular debe prevalecer sobre la Tradición constante y universal. En vano la Iglesia cita y presenta contra él la fe de todos los tiempos: despreciará su testimonio, y afirmándose con una espantosa confianza en sus propios pensamientos, le dirá: te has engañado, yo lo digo. ¿Qué es esto, pregunto yo, sino un refinado orgullo, y lo que es aun mas deplorable, el orgullo prescripto como una disposición necesaria para llegar al conocimiento de la Religión de los *humildes de corazón*? Obligado el Protestante á fundar su creencia sobre el principio mismo que produce todos los errores en el mundo ¿esta base (pregúntesele á sí mismo de buena fe) debe parecer suficiente á un cristiano? ¿debe admirarse despues de esto cuanto inquiera sobre la certeza de su fe de no hallar en el fondo de su alma sino las secretas inquietudes de la duda, las cuales vanamente procura adormecer? No, en sus principios para el Protestante no hay fe: lo que él llama fe no es mas que una opinión tan vana, tan inconstante como sus otras opiniones. La Religión, la Fe divina no es para él sino un modo de ver, un sistema, y nada mas. Deberá siempre temer haberse engañado, y deberá temerlo tanto mas, cuanto mas desconfiado sea de sí mismo, cuanto mas humilde, es decir, mas cristiano. Jamás podrá pronunciar con plena seguridad la primera palabra del fiel, *Yo creo*: y aunque lo haga, la duda será siempre la esencia de su Símbolo.

¡Ah! demasiadamente lo he experimentado por mí mismo, no recogiendo por fruto de un largo exámen y de penosas investigaciones, mas que el conocimiento de mi imposibilidad en crearme á mí mismo una fe cierta. Cuando, para llenar la primera obligación del cristiano, yo pedía á mi razón un acto de fe, ella no osaba responderme. Cada nueva investigación traía consigo nuevas incertidumbres: lo que creía un día, porque me parecía hallarlo claramente en la Escritura, lo dudaba al siguiente, porque ya no lo veía con tanta claridad, y

aun á veces terminaba por hallar el dogma contrario. Muchas veces estrechado de la necesidad de tener una creencia fija, me formaba un Símbolo, lo declaraba irrevocable, pero ¡ay! este Símbolo eterno duraba apenas algunos dias; pues al volverlo á leer se me ofrecían nuevas dudas, empezaba á dudar de algunos de sus artículos, y mi razon comenzaba otra vez á vagar de opinion en opinion, sin hallar en sí misma nada estable sino su propia inestabilidad. ¿Cómo era posible permanecer en este estado? ¿Cómo vivir en él satisfecho? Y si digo que todo Protestante que quiere tomarse cuenta de su fe, cae necesariamente en las mismas perplejidades, y que la inconstancia de sus opiniones se aumenta en proporción de su instruccion, de sus conocimientos é investigaciones, ¿qué conciencia protestante me desmentirá?

Si consideramos bajos otro aspecto el principio del Protestantismo, veremos conduce tambien directamente á la destruccion de la fe. ¿Se sabe lo que se ha hecho, cuando se dice á los hombres: no creais sino despues de haber examinado por vosotros mismos, sino segun lo que os dicte vuestro exámen particular? ¡Ah! es decir claramente á la mayor parte de los hombres: *No creais*. En efecto, es innegable que la discusion de los textos de la Escritura no está al alcance de los ignorantes, de los iliteratos, en una palabra, del pueblo, es decir, de la mayor parte del género humano. Los escritores Protestantes lo han confesado muchas veces, por mas terrible que esta confesion fuese al Protestantismo; pero arrastrados por el sentido comun, conocian sería demasiado absurdo sostener que el pueblo podia ver las cosas con claridad en la discusion del sentido de la Biblia, sobre el cual los sabios no podian convenirse; y que el que no sabe leer, por ejemplo, pudiese determinar el sentido de un libro. Ahora bien, si el exámen particular es impracticable para la mayor parte de los hombres, y no obstante, segun el principio del Protestantismo, él es el único medio de conocer la verdadera fe, rigurosamente se sigue que la mayor parte de los hombres debe desesperar de conocerla. Hé aqui, pues, el término fatal de esta doctrina tan lisonjera al principio para el orgullo,

pero bien en breve tan humillante. Se exalta la razon de cada particular para ponerlo en rebelion contra la autoridad de la Iglesia; se le dice: No temas, afirma, niega, dogmatiza á tu arbitrio: te bastas á tí mismo; y hé aquí que, por no haber querido creer sino en sí, está condenado á no creer nada. Observad además, que si en algunos países Protestantes el pueblo conserva aun alguna fe, no es en virtud de los principios de la reforma, sino al contrario, desechándolos en la practica: es porque en sus obras arregla su fe sobre la enseñanza de los Pastores; porque siente muy bien que si quisiese formarla únicamente sobre discusiones superiores á su alcance, la perdería en el instante mismo. Mas si la fe cristiana es imposible á la mayor parte de los cristianos, el Cristianismo no podría ser la Religion verdadera, la cual siendo necesaria á todos, debe estar al alcance de todos. De modo que el Protestantismo pretende que él es el Cristianismo verdadero; y en sus principios el Cristianismo no sería la verdadera Religion. Hé aquí su última consecuencia; y el Protestante que no la saque, no se entiende á sí mismo.

Limitándonos á estas consideraciones tan sencillas y decisivas, no se comprendería aun mas que de un modo incompleto cómo el Protestantismo, por un efecto necesario, obra la destruccion del Cristianismo. Pero debemos añadir mas. El género humano ha creído siempre que la Religion verdadera no puede ser un pensamiento individual, sino que debia existir una Sociedad, donde fuese exteriormente profesada; y la existencia de esta Sociedad depositaria de la verdadera fe, ha venido á ser mas manifesta despues que Jesucristo declaró solemnemente que él establecía sobre la tierra su Iglesia<sup>1</sup>, es decir, una Sociedad espiritual, *Una, Perpetua, Universal, Santa*, fundada sobre la profesion pública de la fe Cristiana. Es palpable que la Sociedad espiritual ó la Iglesia no puede existir ni concebirse sin un Símbolo de fe:

<sup>1</sup> *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam; et porte inferi (es decir, los errores y los crímenes) non prævalebunt adversus eam (Matth., xvii, 18).— San Pablo la llama Columna de la Verdad (1<sup>a</sup> Epist. ad Timoth., iii, 15).*

porque ¿cómo podría ella profesar la fe, si esta no estaba expresada? ¿Mas quién no ve que desde el punto en que se da á cada individuo el derecho de formar él mismo su creencia, segun su propia interpretacion de la Biblia, un Símbolo es la cosa mas rigurosamente imposible que se puede imaginar? Un Símbolo contiene lo que es necesario creer: y ¿cómo se ha de determinar lo que es necesario, cuando cada uno tiene derecho de escoger por sí lo que debe admitir ó desechar? Reconocer este derecho, ¿no es declarar formalmente que no se reconoce ningun dogma, cuya creencia sea necesaria? Siendo la razon de cada hombre naturalmente independiente de la de todo hombre, ninguno puede imponer á otro una obligacion de creer lo que él cree llevado de sola su razon: pueden tener opiniones puramente individuales, pero jamás saldrá de ellas una regla de fe, á que estén obligados á someterse. Vos percibís tal dogma en la Biblia, y le creéis segun vuestra razon; mas si mi razon no le percibe ó percibe el dogma contrario, debo desecharle en virtud del mismo principio que os le hace admitir. Así el Luterano admite la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, porque su razon descubre este dogma en la Biblia; mas no hallándolo la razon del Calvinista, que no está obligada á ceder á la suya, no se puede exigir de él esta creencia, ni pronunciar que es necesaria. De la misma manera, la razon del Luterano y del Calvinista está convencida de que la divinidad de Jesucristo está claramente expresa en la Biblia; pero como el Sociniano, interpretando igualmente la Escritura santa, segun su razon, cree hallar en ella el fundamento de una opinion contraria, aquellos no solo no pueden afirmar que la fe de la Divinidad de Jesucristo es necesaria, sino que deben reconocer que el Sociniano, en virtud del principio de los Protestantes, debe desecharla. Recorred todas las verdades reveladas, y en todas sucederá lo mismo: no habrá una de que, en los principios de la reforma, se pueda afirmar es necesario creerla para ser cristiano<sup>1</sup>.

Preguntad en efecto al Protestantismo, instadle á que

<sup>1</sup> Durante el curso de mis incertidumbres, reuni en mi casa

os indique las verdades, cuya creencia es absolutamente necesaria al Cristiano; no puede responderos. Las confesiones de fe de las Iglesias protestantes, por otra parte tan opuestas, no declaran, ni pueden declarar mas que una cosa; á saber: que sus autores, partiendo del principio de la interpretacion particular, han reconocido en la Escritura ciertos puntos, y desechado otros: ellas nos presentan sus opiniones individuales, pero nada mas. La misma reforma lo confiesa así, y mucho tiempo ha que hizo justicia de estos vanos simulacros de Símbolo. Preguntad á los miembros de la comunión protestante, que se titula aún de la *Confesion de Augsburgo*, si se creen obligados á profesar todos los artículos que contiene, y la sola pregunta los hará reir. ¿No se sabe lo que se piensa en la ciudad de Calvino de las Confesiones de fe calvinistas? ¿No se sabe que es una máxima recibida en el Clero anglicano, que se pueden firmar las fórmulas de fe sin asentir á ellas interiormente, y que en virtud de esta máxima extraña<sup>1</sup>, sus miembros juran sin vacilar sostener todos los artículos de la fe anglicana, sean las que se quieran sus opiniones sobre la doctrina que en ellos se expresa? El Protestantismo conoce tan bien su imposibilidad de establecer su fe, que declara atrevidamente con un obispo anglicano que él (*el Protestantismo*) *consiste en creer todo lo que se quiere, y profesar todo lo que se cree*. La Reforma oye este lenguaje sin sorpresa; no reclama, porque sabe bien que no hace sino expresar la doctrina que ha prevalecido entre los protestantes: forzada en fin á reconocer que no podría indicar lo que es necesario creer para ser cristiano, desconfiada ya de otro medio, acaba por sostener que es inútil el saberlo. Pre-

muchos ministros protestantes, que partian para las Colonias inglesas. Quisimos convenir en un Símbolo, y jamás pudimos concordarnos. Lo mismo sucede en todas las reuniones de ministros donde hay libertad de discutir.

<sup>1</sup> El protestantismo ve sin sorpresa este escándalo, uno de los mas grandes que se han dado al mundo cristiano. ¿Cuál es el acto mas augusto del hombre? El juramento. ¿Cuál es el objeto mas augusto de un juramento? La fe. Luego no se podría concebir cosa mas sagrada que esta palabra del hombre, atestiguando por el nombre de Dios su fe en la palabra de Dios. No, es para ellos una pura formalidad.

sentando á los pueblos la Biblia, les dice : « Tomad, la » verdad está contenida en este libro ; pero cuál sea la » verdad, qué es el Cristianismo, yo no lo sé. ¿ Creéis la » Trinidad, la Divinidad de Jesucristo, las penas eternas ? » Sois cristiano. ¿ No lo creéis ? También lo sois. Sean las » que sean vuestras opiniones personales, pensais que se » hallan en la Biblia ; basta. ¿ Quién osaría á determinar » lo que es necesario creer ? La Iglesia católica lo hace, y » lo ha hecho así en todos los tiempos ; mas por esto » mismo la desechamos ; nosotros, cuya Religión *consiste » en creer todo lo que se quiere*, no podríamos hacerlo sin » condenar nuestras propias máximas y principios. Con- » fieso que puede parecer extraño que Dios haya hablado » á los hombres sin que los hombres puedan saber lo » que ha dicho : mas pues no podría ser de otro modo, » sin que el protestantismo fuese falso, es necesario creer » que ello es así. Permaneced, pues, tranquilos en » esta incertidumbre, y estad ciertos que se puede » ser buen cristiano sin saber lo que es necesario creer » para ser cristiano. » — ¿ Qué decís á esto hermanos » míos ? Yo por mí, comprendo en este lenguaje que para » ser cristiano, es necesario dejar de ser protestante. Aun » mas : el principio del Protestantismo destruyendo la fe, » destruye también la moral, cuya base necesaria es. Toda » obligación, todo deber supone la creencia de una verdad » que la determina : el Protestantismo, pues, permitiendo » todas las creencias, permite por consiguiente *todas las » morales*. No puede establecer moral cierta, porque la razón » de cada particular es el único juez : no moral general » y común, porque debe ser tan diversa como las » opiniones : no moral fija, pues debe seguir todas las » variaciones de las opiniones individuales ? no moral » reconocida como obligatoria para todos, pues siendo la » razón de cada uno, así en la moral como en los dogmas » independiente de la razón de los demás, ninguno puede » obligar á otro á recibir la moral que él adopta para sí, » así como no puede imponer una obligación de admitir » los dogmas y opiniones que por su parte admite.

Así que, si un hombre, por ejemplo, sostiene que las *Buenas obras* son inútiles para la salvación, y que el hombre una vez justificado delante de Dios, está seguro de salvarse, por mas crímenes y pecados que despues

cometa ; un Protestante, á pesar del horror que debe inspirarle semejante doctrina, que destruye la moral por sus cimientos, no podría condenar al que la profesa ; pues que este, al adoptar esta doctrina que su razón cree hallar en la Biblia, no hace sino usar del derecho de la interpretación particular reconocido por los Protestantes ; y de hecho, estas abominables máximas han sido formalmente sostenidas por los dos jefes del Protestantismo<sup>1</sup>, quienes las establecian como el fundamento de su moral y pretendian leerlas claramente en la Biblia. Partiendo del mismo principio, los Anabaptistas sostenian que, para ejecutar las órdenes del Cielo, debian acabar con los impios, degollarlos, confiscar sus bienes, establecer un nuevo mundo<sup>2</sup>, y otros horrores que seria largo referir. Las otras sectas protestantes se levantaron con indignación contra esta doctrina ; pero como ella reposaba igualmente sobre el principio común de la interpretación particular, se veian obligadas á tolerar esta moral, para que se tolerase la suya. ¿ El homicidio es crimen que excluye de la vida eterna ? Sí, respondian muchas sectas de la Reforma : No, contestaban los Socinianos, á menos que no se haga por un hábito continuo. ¿ Quién será el juez entre ellos ? ¿ la razón ? Cada uno invoca la suya. ¿ La Biblia ? Cada uno la interpreta á su modo. Debía, pues, admitirse la moral de los Socinianos á la tolerancia común. Preséntese un fanático que, con la Biblia en la mano, sostenga, como el fundador de los *Familistas*<sup>3</sup>, que es bueno perseverar en el pecado, á fin de que la gracia pueda abundar mas ; ó como los *Antinomianos*<sup>4</sup>, que

1 Lutero establece en sus escritos que las buenas obras son inútiles, y aun *nocivas*, á la salvación. Negando el libre albedrío, hace además del hombre una máquina incapaz de virtud y de pecado. Calvino enseñaba que el hombre una vez justificado, estaba seguro de su salvación, aun cuando despues se entregase á todos los desórdenes. No podía establecer máxima que mas fomentase las pasiones.

2 Sleidan, de *Statu Relig. et Reip. Comment.*, lib. 3, pág. 45.

3 Los *familistas* son una secta protestante fundada en Inglaterra por un discípulo de David Jorge (Véase á *Mosheim, Hist. Eccles.*, l. 4, pág. 484).

4 Los *Antinomianos* son una secta de *metodistas*, que ellos mismos son una secta protestante extendida en Inglaterra.